

Antón Costas

Democracia, gobierno, oposición

Qué es mejor para la democracia, que Pedro Sánchez acepte apoyar al PP o que le niegue ese apoyo y se quede liderando una oposición fuerte y responsable? En todo caso, si opta por la segunda opción, ¿puede Mariano Rajoy encontrar los apoyos necesarios para la investidura y formación de gobierno? Si no lo consiguiese, ¿nos abocaríamos a unas terceras elecciones o habría fórmulas alternativas?

Al buscar responder a estas cuestiones no pretendo hacer recomendaciones de lo que deben hacer unos y otros, sino examinar a la luz del análisis político económico los efectos de una u otra opción política. Veamos.

Una democracia liberal sana y eficaz necesita un gobierno que gobierne y una oposición fuerte que lo controle. Ralf Dahrendorf, reconocido sociólogo y politólogo que fue director de la prestigiosa London School of Economics (LSE), sostuvo que gobierno y oposición deben coincidir en muy pocas cosas. Fundamentalmente en los valores y reglas básicas de la democracia. En todo lo demás deberían rivalizar. Esta rivalidad es la forma a través de la cual la democracia liberal asegura que el sistema de partidos recoge bien los intereses, las orientaciones ideológicas y las preferencias de políticas que existen en la sociedad. Para hacer políticas orientadas al interés general el gobierno necesita notar en su cogote el aliento de una oposición fuerte.

Con anterioridad, el gran economista austronorteamericano Josep Alois Schumpeter en los capítulos 21 y 22 de su obra *Capitalismo, socialismo y democracia*, escrita en las décadas convulsas de las entreguerras y de la Gran Depresión del siglo pasado, introdujo una visión de la democracia conocida como teoría económica de la democracia, diferente a la teoría clásica. De la misma forma que las empresas compiten en los mercados de bienes y servicios para ganar la aceptación de los consumidores y lograr así el mayor bienestar social, en el mercado de políticas los partidos deben competir para garantizar que se tienen en

cuenta todas las preferencias e intereses existentes en la sociedad.

En las últimas décadas el PSOE y el PP no han competido con sus propuestas de políticas. El mercado político español respondía a lo que los economistas llamarían una estructura de empresa dominante, con dos partidos que se alternan en su dominio. Al no competir en políticas, han buscado diferenciarse en la retórica ideológica

Una gran coalición no sería buena ni para la democracia, ni para el buen gobierno ni para una eficaz oposición

lógica basada en valores y en la visión sobre el estado territorial. Esta convergencia en las políticas y la polarización ha abierto espacio a nuevas fuerzas políticas que buscan representar las preferencias de los sectores sociales que se han visto perjudicados por las políticas cosmopolitas del bipartidismo, así como el malestar

político que busca un mejor reparto territorial del poder político.

En estas circunstancias, una gran coalición como la que propone Mariano Rajoy no sería buena ni para la democracia, ni para el buen gobierno, ni tampoco para una eficaz oposición. Sería simplemente una coalición defensiva frente a los partidos emergentes. Pero sería una coalición temporal que se volvería a medio plazo contra el PSOE y el PP. El primero desaparecería en medio del sándwich político al que le someterían el PP por arriba y Podemos por abajo. El segundo porque las políticas de un gobierno de gran coalición del viejo bipartidismo seguirían dejando al margen los intereses de los perdedores de la crisis y de los descontentos con el funcionamiento del Estado. Eso favorecería el crecimiento de los emergentes y la jibarización del PP. Fíjense en lo que le ha ocurrido a los conservadores austriacos en las últimas elecciones, a los británicos en el *Brexit* y lo que les puede ocurrir a los conservadores franceses y alemanes en las próximas elecciones.

Ahora bien, ¿puede Mariano Rajoy encontrar los apoyos necesarios para la investidura en las otras fuerzas políticas representadas en el Parlamento? Puede, pero tiene que cambiar su actitud. Hasta ahora el comportamiento del PP era el de un monopolista: ofrecía un contrato de adhesión a sus propuestas en el que la única opción para la otra parte era “o lo tomas o lo dejas”. Las cosas han cambiado. Ahora tiene que poner encima de la mesa un contrato abierto a negociar entre los que le pueden acabar apoyando.

Pero, si aun contando con el apoyo de alguno de los partidos afines ideológicamente (en particular, Ciudadanos, pero también el PNV o la antigua CDC), Mariano Rajoy no llegase a tener mayoría, ¿tendríamos que ir a terceras elecciones? Ese no es el camino. Hay formas de urgencia para ayudar a formar gobierno. En este sentido me resuenan las palabras de Pedro Sánchez en la reunión del Cercle d'Economia en Sitges a finales de mayo: “Les aseguro que no habrá terceras elecciones”. Esperemos que así sea. Será bueno para la democracia, para el buen gobierno y para una oposición eficaz. ●



JORDI BARBA

A. COSTAS, catedrático de Economía de la Universitat de Barcelona

Jordi Llavina

El camarero

El jueves pasado, Marian, el camarero que, a las siete en punto de la mañana, me servía el primer cortado del día en una de las más concurridas cafeterías de mi ciudad, se despidió de los clientes para iniciar una nueva etapa de su vida en Fuengirola (Málaga). Ha estado trabajando aquí nada menos que dieciséis años, últimamente como encargado. Era un buen profesional, y un hombre comedido, de pocas pero certeras palabras, que estrechó la mano a los parroquianos más fieles al despedirse y nos deseó, como nosotros a él, buena suerte. No debe de ser fácil, para un camarero, dominar, amén del oficio, la vertiente psicológica del mismo. ¿Qué se puede llegar a decir, qué grado de familiaridad debe mantener con los clientes, con cuáles de ellos puede mostrarse algo más como es él

en verdad? (por cierto, la canción de Mishima *Ja no et fas ellit* tiene, como narrador, a un barman).

Añadiré que, en ocasiones, tampoco resulta fácil para el cliente decir según qué: Marian llevaba varios años sirviéndome el cortado en vaso y con una espuma enriquecida con algo de polvillo de cacao, cuando yo lo prefiero en taza y sin nada. Creo que el primer día que me lo sirvió de esa manera saludé la innovación con una sonrisa, y él creería que, con ella, yo se lo agradecía. Da igual: para mí era más importante el detalle que había tenido conmigo ese día inaugural –y que ya no abandonó jamás– que mis preferencias cafeteras.

En la cafetería de la que hablo siempre ha habido un gran tráfico de camareros. Algunos de ellos “se fueron sin dejar señas” (esa era la leyenda que, en mis tiem-

pos de cartero, se estampaba en las cartas perdidas, que nunca llegaban a su destinatario). A alguno te lo encuentras en otro bar, o por la calle. Ahí también trabaja mi amigo Xavi Roca, que es quien mejor conoce la dosis exacta de café que tomo a las once de la noche, extremadamente corta (me la sirve a la perfección). A Marian es probable que no vuelva a verlo jamás.

Todo ello me hace pensar en todas aquellas personas que forman parte de nuestra existencia, pululando en una especie de telón de fondo inadvertido, consuetudinario, algunas de las cuales desaparecen de golpe. Son muchísimas más, en número, que aquellas otras gentes a las que profesamos afecto o amor. Camareros, panaderos, verduleras, barrenderos... Quiero expresar mi más sincero agradecimiento a todos ellos. ●

Pilar Rahola



Insoportable levedad

Todas las cosas y las personas aparecen disfrazadas”, comenta el personaje de Milan Kundera, en *La insoportable levedad del ser*, cuando observa la primavera checa convertida en invierno soviético. Por supuesto, la capacidad de transmutar el verdadero relato de las cosas, para cambiar su naturaleza, es especialmente lacerante y efectivo en las situaciones represivas, pero ello no es óbice para que la técnica del disfraz sea también muy popular en la política democrática. Al fin y al cabo, entre el ser y el parecer, el segundo es un verbo de conjugación más cómoda porque permite maquillar, falsear, reescribir el relato originario. De ahí surgen los digos y Diegos, las promesas incumplidas, la memoria de pez y el resto de la gramática política, que acostumbra a ser parda.

Disfraz aparte, lo que no es tan usual es la levedad de su naturaleza, porque la política tiende a la pesantez, antes que a la ligereza. Es por ello por lo que esa liviandad que demuestra Ciudadanos desde hace tiempo resulta una considerable sorpresa. Confieso que pensaba que Rivera y compañía eran políticos de trazo grueso, o eso parecía a tenor del verbo furioso, especial-

Rivera se ha desmentido a sí mismo tantas veces que, más que un político, empieza a parecer un bucle

mente desatado en tierras catalanas, que practicaban contra tiros y troyanos. Hubo un tiempo muy próximo en que se anunciaban como los salvadores de la España eterna, y sin su presencia arrogante no se escribía el relato político. Pero todo fue deshinchar el globo en las elecciones y zas, descubrimos la insoportable levedad del ser de Ciudadanos, tan ligero de convicciones que es capaz de negar y aceptar, rechazar y validar, rehusar y reafirmar a maese Rajoy, y todo en el mismo tiempo y lugar. Parecen peonzas dando tumbos, sin saber cómo parar el giro. Y si bien forman parte de la matemática parlamentaria que cabe sumar, restar, multiplicar y etcétera, también lo es que su relevancia se ha convertido en anécdota. No tanto por el jeroglífico endiablado de la investidura como porque su ligereza argumental les ha estallado en la cara. Rivera se ha desmentido a sí mismo tantas veces que, más que un político, empieza a parecer un bucle.

En realidad, esa levedad no debería ser tan sorprendente porque su propio ideario es una suma de restos que han encontrado por ahí, del estilo de los partidos atrapalotodo (los *catch-all party*) que pulularon después de la Segunda Guerra Mundial. Pero incluso con esa etiqueta de partido escoba, es inusitado lo rápido que han pasado de pesar mucho a ser ingravidos. ¿Será que se habrían creído los aplausos de los micrófonos irreverentes, las voces que los jaleaban, los golpecitos en la espalda? Será, pero es ahí donde han mostrado mayor ligereza: en no ver hasta qué punto los estaban usando. Y una vez usados, ya se sabe...

Culmino, retornando a Kundera: “Aquel que quiere permanentemente llegar más alto tiene que contar con que algún día le invadirá el vértigo”. ●